

# **Mi suegro y yo**



***Beryl Clynes San Pedro  
Vda. de Santos***

EDITORES

GONZALO FRANCISCO SANTOS CLYNES

RICARDO PELTIER SAN PEDRO

# **Mi suegro y yo**



***Beryl Clynes San Pedro***  
***Vda. de Santos***

EDITORES  
GONZALO FRANCISCO SANTOS CLYNES  
RICARDO PELTIER SAN PEDRO

D.R. Derechos Reservados, 2019

Indiscutiblemente Don Gonzalo N. Santos fue un hombre completamente fuera de serie; el que lo conoció, para bien o para mal, jamás lo olvidara. El que no lo conoció, hubiera dado cualquier cosa por conocerlo, y se perdió de algo verdaderamente excepcional e inolvidable. Jamás hubo —¡ni habrá!— otra persona igual a él. Como amigo era leal, caritativo, bondadoso, tierno e inmensamente espléndido. Como enemigo era cruel, injusto, implacable, vengativo, arbitrario y rara vez perdonaba; en este caso era mejor sacarle la vuelta a como diera lugar.

Una sola mirada de este personaje parecía que podía atravesar al acero; y más de un hombre tembló delante de él.

Tenía una personalidad arrolladora y un sentido del humor maravilloso. Donde quiera que se encontrara, él siempre era el centro de atracción; y era asombroso ver como lo rodeaban los lambiscones que querían quedar bien con él para sacarle algún favor después.

Se formó y creció en una época tormentosa de México, nada menos que en los años de la Revolución Mexicana, en donde los hombres se hacían duros como la roca o morían. Escolaridad tuvo muy poca, pues desde muy jovencito se fue a pelear a la “bola”, así que se convirtió en un auténtico autodidacta, quien con su inteligencia natural adquirió una sabiduría increíble.

Su magnífica condición física era tal, que su dicho favorito, “Como el Alazán Tostado, Primero Muerto que Cansado”, resultaba la pura verdad. Por instrucciones de él, ese dicho está gravado como epitafio en su tumba, en la ciudad de Tamuín, en el estado de San Luis Potosí.

A continuación, menciono algunos de los dichos, refranes, proverbios y anécdotas que repetía frecuentemente a lo largo de su vida.

*“Los políticos mexicanos son como los perros de rancho; solamente el primero que ladra sabe a qué le ladra”.*

*“La moral, es un árbol que da moras”.*

*“Viste bien y serás bien recibido”.*

*“Hay veces que el pato nada y hay veces que ni agua bebe”.*

*“El chiste es lazar en el agua y no mojar la reata”.*

*“Dame trabajos difíciles y situaciones perplejas, pero lidiar con pendejos no me lo mandes señor”.*

*“No le digas a tus hijos que se porten bien, diles que se porten vivos”.*

*“Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, Dios ayude a los malos cuando son más que los buenos”.*

*“Aquel que la vergüenza perdió no sabe lo que con ello ganó”.*

*“A la raya y a probar” (dicho gallero).*

*“Indio, gachupín o gringo, al que se me atraviere me lo chingo”.*

*“El que es gavián no chilla”.*

*“Los huevos o te capo”.*

*“Como perro de carnicería, ve la carne y se lame los huevos”.*

*“Difama, difama, que algo queda” (Esto me lo decía como un magnífico consejo).*

*“Perdona y crearás un ingrato”.*

*“Caballo manso tira a penco, hombre bueno tira a pendejo, y mujer coqueta tira a puta”.*

*“Órgano que no se usa se atrofia”.*

Sobre el perdón:

*“Cada vez que perdonas a un hombre, fabricas un ingrato o por lo menos un mal agradecido; pero si perdonas a una mujer, siempre fabricas una serpiente; no tengas piedad. Ni con los ingratos ni con los traidores, y cuídate mucho de los envidiosos”.*

Mi suegro, donde quiera que iba, se imponía por su propia presencia y desplante.

Él siempre provocaba algún disturbio en los aeropuertos.

Una vez llegando al aeropuerto de París, se dio cuenta que le habían robado un veliz e inmediatamente grito... ¡llamen a De Gaulle! Hizo tal escándalo que en menos de lo que canta un gallo apareció el mentado veliz.

Otra vez le mentó la madre al empleado de la ventanilla por que le pregunto su edad...

—¡Y a tí que te importa pendejo! —le respondió.

En otra ocasión, pasando por Tampico, los reporteros querían una declaración con motivo de que el presidente José López Portillo le acababa de expropiar su rancho “El Gargaleote”, y su respuesta fue un rotundo:

—¡¡¡No!!!—

—¿Y por qué no quiere? —le preguntaron los reporteros.

—¡Por qué no se me da la gana! —les respondió.

Y jamás volvió a hacer una declaración más sobre su rancho.

Otra vez en su rancho “La Jarrilla”, situado justo al lado del aeropuerto de Tamuín, salió de prisa, pues estaba llegando un importante personaje de la política mexicana, y al primer empleado que vio le ordeno:

—¡Súbete al coche cabrón y llévame al aeropuerto como de rayo!

Al pasar de largo el automóvil sin dar vuelta para entrar al aeropuerto le grito:

—¿¡Qué estás haciendo pendejo!?

—¿Por qué no entraste dando vuelta a la derecha?

El muchacho le contesto aterrorizado:

—Perdón señor, pero yo no sé manejar.

—Yo no soy el chofer.

—¡Yo soy el jardinero!

Por costumbre iba casi a diario a tomarse la copa al Hotel María Isabel, en la Ciudad de México.

Siempre hacia nuevos amigos con quienes platicar; y un día conoció a un señor que se apellidaba De la Barra.

Al salir del bar subió a su automóvil y le dijo a uno de sus ayudantes:

—Oye, tráeme al señor De la Barra, se me olvido decirle algo importante.

—¡Sí Jefe! —respondió el ayudante.

Entró de nuevo al bar y le dice al cantinero:

—¡Oye cuate! —te llama Don Gonzalo.

El pobre cantinero por nada y se desmaya del susto; y dijo:

—Pero si yo no he hecho nada malo.

—¡Yo no sé! —pero el jefe te manda a llamar y ¡tú te vienes conmigo por las buenas o por las malas!

Desde luego todo fue una confusión, pero de pendejo e inútil no bajó Don Gonzalo a su fiel ayudante.

Una anécdota muy simpática sucedió cuando en una ocasión en Tamuín, donde era dueño y señor de la región, allá por los años sesentas, los miembros del partido (ya saben ustedes cual partido) estaban en pugna, en cuanto a quien iba a ser el candidato para presidente Municipal.

Después de muchos pleitos y alborotos, decidieron ir a ver a Don Gonzalo a su rancho para que los guiara y ayudara.

Después de plantearle el problema, él les contesto:

—Yo creo que deben decidir por el *más idóneo*.

Los miembros de la comitiva se miraron los unos a los otros, se quedaron muy serios, dieron las gracias y se retiraron.

Después de seguir discutiendo aun más, se dirigieron a una miscelánea en donde el dueño era el único en todo el pueblo de Tamuín que se llamaba “Macedonio”.

Y le dijeron:

—No sabemos por qué, pero el jefe te escogió a ti para ser el próximo Presidente Municipal.

—Oigan, pero yo no sé nada de política —respondió espantado.

—Pues no sabemos cabrón, pero el jefe lo dijo y tú vas a ser el Presidente Municipal ¡quieras o no!

Y por más que alegó Macedonio, así fue como lo eligieron por unanimidad.

Y fíjense ustedes que no lo hizo tan mal.

Don Gonzalo era un viajero incansable, nunca estaba una semana en un mismo lugar. Cuando le dio la vuelta al mundo en compañía de su esposa Leola, llevaba 27 velices. Se llevó también a su sirvienta, a la cual conocí como la “Flaca”, para que le cocinara. También cargo con un “molcajete”, y mucha comida imperecedera mexicana, pues era

ferviente admirador de comer sus desayunos huastecos, que consistían en exquisitas enchiladas, huevos, chorizo, frijoles, carne seca, bocoles; todo auténtico de la Huasteca, pero también hay que mencionar que fue un gran “Gourmet”, pues le encantaba la comida internacional.

A la “Flaca” la ajuarió con ropa *ad hoc* para el viaje, y la llevo a San Antonio, Texas; y no lo van a creer, pero también le compro un gran anillo de topacio.

Iba tan elegante la “Flaca”, que hasta un enamorado le salió en una de las embajadas que visitaron; como el fulano insistía en casarse inmediatamente con ella, mi suegro le dijo:

—¡Mira hijo de la chingada!

—¡A mi cocinera no me la quita ni Dios Padre!

—¡Si se quiere casar con ella, va a tener que ir a Tamuín, San Luis Potosí, a pedirme su mano!

— Y eso será hasta que yo regrese... ¡cabrón!

Una curiosidad en este viaje es que Don Gonzalo llevaba un “velicito” que cargaba en una de sus manos y que jamás se separaba de él; allí llevaba, nada más y nada menos, que un millón de dólares en cheques de viajero de American Express. Pero lo chistoso del caso, es que ninguno llevaba la firma correspondiente, o sea, estaban todos en blanco.

Resulta que cuando fue al banco a comprarlos, les dijo a los encargados que él no tenía tiempo de firmar tantas “chingaderas”.

Por supuesto, los de la compañía American Express le sacaron una firma en donde no se hacían responsables de sus cheques, en caso de robo o pérdida.

Él había accedido a llevar los citados cheques solo para darle gusto a su adorable esposa Leola.

Al “velicito” lo llamaba el “Willy Fox”.

También llevaba unos binoculares “muy especiales”, que estaban huecos por dentro; de un lado los llenaba de whisky y del otro de coñac.

Aclaro que él era un fuerte bebedor social...

Aquí hago un pequeño paréntesis.

A mí me tocó conseguirle dichos binoculares. Me pidió que hablara por teléfono a una tienda especial en Miami, Estados Unidos, y comprara una docena, pues los perdía frecuentemente o sé los regalaba a sus amigos.

No me resultó fácil darme a entender para pedir artículo tan raro. Él no sabía hablar inglés, y yo, que, si lo hablaba, me costó trabajo que las dependientas de la tienda me entendieran.

De ese maravilloso viaje tengo unas fotografías que mi suegro se tomó en el Cairo, Egipto, con las pirámides de fondo. En una de las fotos Don Gonzalo aparece trepado en un camello disfrazado de árabe, con su “Willy Fox” en una mano, y en la otra sus binoculares, en donde tomaba indistintamente whisky o coñac.

¡Se veía feliz de la vida!

Al regresar de este viaje alrededor del “Queso” (como él solía decirle al mundo) fuimos a su casa a verlo mi marido, mis cuatro hijos y yo. Nos citó en su casa a las nueve de la mañana, y nunca se me olvidara cuando lo ví bajando por las monumentales escaleras vestido de ¡AUTÉNTICO MANDARÍN CHINO!

Todos nos quedamos con la boca abierta, pues el traje era una joya con bordados de oro y plata.

Venía seguido por varios sirvientes cargados de bultos, que eran regalos para nosotros.

Como ya mencioné antes, él era inmensamente espléndido.

Sobra decir que todo era finísimo.

A mí me trajo un collar de perlas con aretes, una pulsera y un anillo del Japón.

De Hong Kong nos trajo cámaras, batas de seda pura, un vestido autentico chino, también de seda blanca con bordados increíbles, con su bolsa de mano y zapatos del mismo material.

Perfumes ¡no se diga!

A mi marido e hijos les trajo mancuernillas de oro y perlas, cortes finísimos de Francia e Italia, para confeccionar trajes y vestidos.

De la India me trajo un *Sari* de súper lujo, el cual todavía conservo; es de color lila pálido con bordados de hilo de oro, y el cual estrené en un baile de carnaval en el Casino Tampiqueño, donde me dieron el primer lugar de disfraces.

A mi suegro le encantaba ir al carnaval de Rio de Janeiro, y siempre llevaba con él su traje de mandarín. Concursaba en esos grandiosos bailes y usualmente sacaba varios premios.

Decía que el Carnaval de Rio era la última sonrisa del mundo.

En sus múltiples viajes se hizo muy amigo de un Jefe árabe, al cual apodaba “El Rey de Bastos”, con el cual viajó mucho por el mundo. Los dos eran de este pelo; llegaban al aeropuerto sin saber a dónde se iban a dirigir o cual sería su destino final. Escogían los aviones por sus colores (creo que en esa época La Braniff los tenía de varios colores), y como quien dice: “De Tin Marín de Do Pingüe”... ¡Se iban en el avión que la suerte decidiera!

Siendo los dos inmensamente ricos, no se preocupaban por el costo del viaje (siempre primera clase) y hoteles de cinco estrellas.

Lo que más le envidie a Don Gonzalo, es que siempre hizo y deshizo lo que se le pegó en gana, pues nadie se atrevía a llevarle la contra. Con decirles que una vez que llegó a Tamuín se encontró con la novedad de que la empacadora de carnes, propiedad de su hijo Gastón, tenía puesta en la entrada la sagrada bandera de huelga. Pidió que la quitaran de inmediato, y al no ser obedecido, con sus propias manos la arrancó y se orinó sobre ella, y luego se metió a negociar, pronto poniendo fin a la huelga.

Cuando asistía a los informes presidenciales, al llegar al recinto en dónde se llevaría a cabo el evento, escogía el lugar que mejor le parecía, sin importarle que estuviera designado para algún gobernador o para un personaje importante de la política.

Él sin más... ¡se sentaba campechanamente!

Hubo poquísimas veces que alguien se atrevió a decirle que el asiento pertenecía a algún personaje; cuando alguien lo llegó a hacer, el contestaba:

—¡A mí que chingados me importa!

Y nadie logró nunca que cambiara de asiento.

Su carro lo estacionaba su chofer en lugares prohibidísimos y ni quién se atreviera a decirle nada.

Al terminar el informe del Sr. Presidente en turno, salía rápidamente para ser de los primeros en llegar al Palacio Nacional para felicitar al Jefe Máximo de la Nación.

De repente, cuando yo tenía que ir a México por motivos de salud, al comunicarme con él siempre me invitaba a comer. Sus lugares preferidos eran Delmonico's, "El Grill" del Hotel del Prado (desgraciadamente se perdió en el temblor de 1985) y Anderson's.

En Delmonico's siempre me gustaba pedir unas costillas de puerco en salsa de barbacoa muy sabrosas, y los meseros (eternamente nerviosos) se ofrecían a cortármelas, cosa que enfurecía a mi suegro:

—¡Pendejos, que no ven que ya está grandecita y que las puede cortar ella misma!  
— les gritaba enojado.

Ellos se aguantaban porque sabían que les esperaba una buena propina.

En los restaurantes casi siempre había un incidente desagradable; como ya era conocido, los meseros se ponían a temblar de miedo al grado que una vez tiraron una botella de vino al suelo con todo y cubeta de hielo y los puso como campeones.

A mí siempre se me hacía un nudo en el estómago, y en ese caso lo mejor era tomar dos copas antes que él y hacer concha.

Esto último no era muy difícil, pues en su automóvil había un bar equipado con todo... ¡hasta con hielo!

En otra ocasión, en el restaurante Delmonico's pidió sopa de tortilla; casi estoy segura de que ni tortillas tenían...

Pedía cosas raras.

¡Nomás por ser cabrón!

Al ver que se tardaban, los mandaba a todos a la "chingada", se paraba y se salía y ni las copas pagaba.

Teníamos que ir a otro restaurante, y al llegar pedía una botella de *Dom Perignon*, finísima champaña que a mi desgraciadamente me caía como manzana agria al estómago.

Eran los años sesentas, y las televisiones *Sony* en miniatura llamaban mucho la atención con su antena afuera del carro, por lo que la gente se asomaba por las ventanas para ver la televisión funcionando, que por cierto estaba colocada arriba del bar.



Él siempre fue muy torpe para manejar aparatos, así que siempre que lo encendía se veían rayas atravesadas, e invariablemente decía:

—¡Esta chingadera no sirve!

A veces se nos emparejaban algunos greñudos viendo para adentro del carro por curiosidad y decía:

—¡A estos sin previa averiguación los mandaría diez años a las islas marías a hacer trabajos forzados!

Hago la aclaración que estos automóviles siempre eran *Cadillacs* de súper lujo y generalmente llamaban la atención por lo enorme que eran.

Cierta vez me citó en su casa a las 8:00 de la mañana para ayudarlo a servir y atender a unos importantes personajes políticos; eran sus famosos desayunos huastecos.

Al llegar me dió instrucciones; él me presentaría a sus amigos y yo me iría a la cocina en donde había cuatro sirvientas trabajando a todo vapor.

Periódicamente yo debía entrar al comedor a ver qué se les ofrecía, pero cada vez que él tocara la campanita, yo tenía que servir personalmente.

A final del desayuno uno de sus invitados me dijo:

—¿Por qué no viene la señorita a sentarse con nosotros?

Obviamente molesto, mi suegro le dijo en tono golpeado:

—¡Ya te dije que es mi hija, la madre de mis cuatro nietos!

En muy pocas ocasiones hacía mención de sus cuatro nietos, pues él era muy presumido y no quería que supieran que era “abuelito”.

Yo divido mi vida en dos partes, antes de conocer a Don Gonzalo y después de conocerlo.

Así de sencillo.

Él no tenía pelos en la lengua para decir lo que le viniera en gana.

Por ejemplo, si ya se sentía cansado o aburrido, siempre decía de una manera cortés:

—¡Yo que ustedes ya me iba!

Mi relación con mi suegro fue un tanto peculiar; primero vino el periodo negro, luego el azul, y luego el que yo llamé “re-tinto”.

Sin conocerme, ya me odiaba, y le tenía prohibido a su hijo que anduviera conmigo.

Él era gobernador de San Luis Potosí, y tenía muchísimo poder; lo amenazó con aplicar el famoso artículo 33... ¡a mí y a toda mi familia!, pues él sabía muy bien que éramos norteamericanos.

Mi marido y yo nos enamoramos tremendamente.

Don Gonzalo lo amenazo que lo iba a desheredar si seguía conmigo.

Entonces nosotros decidimos casarnos en secreto; y hasta para salir de luna de miel lo hicimos en dos aviones diferentes.

Cuando él se enteró de nuestro matrimonio, hizo tal berrinche que llorando rompió su testamento, y mando a publicar una ridícula nota en las páginas de sociales de todos los periódicos de Tampico, que decía lo siguiente:

*“A la sociedad de Tampico, repruebo el Matrimonio de mi hijo Gonzalo del cual me desligo para siempre y no me hago responsable de ninguna deuda que contraiga”.*

Lo firmo como gobernador de San Luis Potosí.

Pasaron catorce años para que lo convencieran para conocernos a mí y a mis hijos.

Fue algo imprevisto.

De casualidad estábamos en la Ciudad de México, cuando “Mamá Leola” (así se llamaba la madrastra de mi marido), nos localizó en un hotel de México, y llorando muy nerviosa nos dijo:

—¡Vénganse de inmediato a la casa, que por fin convencí a Gonzalo que hicieran las paces con ustedes y muy a huevo accedió a perdonar a su hijo!

¿Perdonar?

Pero qué tenía que perdonar, si no habíamos cometido ningún delito ni pecado.

En ese momento eran como las 9:00 de la mañana, y acudimos a la cita en su casona de Mexicali 90, esquina con Tamaulipas, la cual estaba resguardada por guaruras y dos policías.

No necesito hacer hincapié en que yo temblaba de pies a cabeza de miedo, y mi marido obviamente estaba nerviosísimo.

Una vez adentro, esperamos a que bajara; él todavía estaba en pijama cubierto con una finísima bata de seda natural, y traía la mirada de tigre que daba escalofríos.

Cuando miraba fijamente me daba la impresión de que podía traspasar al acero.

Sus primeras palabras fueron:

—Esto lo estoy haciendo para darle gusto a esta santa mujer que es mi esposa, pero hago la aclaración de que de mí no esperen ni amor, ni cariño, ni nada, solamente respeto.

Yo le sostuve la mirada fijamente, y con un nudo en la garganta le contesté:

—Pues de mí no espere ni rencor, ni amargura, ni odio y mucho menos resentimiento.

Y agregue en seguida:

—Usted es el padre de mi marido, a quien amo con toda mi alma, así que de mí si espere todo el cariño del mundo.

Pasaron unos minutos y no pude más; me solté a llorar, y por increíble que parezca, a él también le rodaron unas lágrimas y me dio un abrazo.

De ahí en adelante todo cambio inmediatamente, y aquí es en donde empezó el periodo azul.

Pidió a gritos que trajeran una botella de champagne *Dom Perignon*, y aunque era temprano, bebimos tres o cuatro botellas; e inmediatamente empezó a hablarme de “tú”, e inmediatamente quiso enseñarme a mí sola su biblioteca-despacho, en donde había miles de fotografías históricas, que eran unas joyas; retratos dedicados a él de todos los presidentes de la República, y de personajes como Pancho Villa y Emiliano Zapata.

Cuando nos despedimos, nos mencionó así por encimita que le gustaría conocer a nuestros cuatro hijos.

Cuando se ponía a hablar de la Revolución Mexicana, lo hacía de una manera tan amena, que podía platicar horas y horas; era un magnifico conversador —en francés se diría un verdadero *Raconteur*—, idioma que él dominaba a la perfección, pues por unos años fue Embajador y Ministro Plenipotenciario en Bélgica, y después en Dinamarca.

En ese tiempo mi marido tendría unos once años, por lo que aprendió el francés a la perfección; este idioma lo aprendió antes que el inglés, el cual adquirió durante los ocho años que estudió en colegios militares en Estados Unidos.

Quisiera hacer aquí un paréntesis personal.

Cuando nos casamos, mi marido era un estudiante de tercer año de medicina, y durante los siguientes cuatro años casi nos morimos de hambre.

En ese tiempo tuve dos hijos, Roberto y Gonzalo Francisco.

Don Gonzalo, que desaprobó que nos hubiéramos casado, desterró a su hijo de su familia; y corrió la voz de que el que ayudara a su hijo, automáticamente se convertiría en su enemigo.

Como comprenderán, todo mundo le sacaba la vuelta a mi marido, el cual había cometido el crimen imperdonable de casarse por amor.

Don Gonzalo quería casarlo con la hija del presidente entrante, Miguel Alemán Valdés.

Los únicos que le ayudaron esporádicamente fueron los “guaruras” de mi suegro, que lo conocían desde niño. Cuando se enfermaba le daban dinero para medicinas, y le compraban algo de ropa, pues en aquel entonces los estudiantes tenían que ir a sus clases de traje y corbata.

Yo andaba con hoyos en los zapatos, y tenía que rellenarlos con cartón.

No teníamos ni para el cine.

Solo hubo una persona, aparte de mi familia, que lo ayudó con su humilde sueldo de 350 pesos mensuales; se llamaba José María Dávila. Estoy hablando de 1946, y por lo demás, nuestro único ingreso eran 900 pesos al mes de unas casitas de renta que le había heredado su verdadera madre, María Teresa Priggs Andrade, a la cual dejó de ver durante doce años, pues Don Gonzalo se lo robó después del divorcio, y prohibió que el nombre de su madre se mencionara en su casa, por lo que mi marido casi la olvidó cuando niño.

La única que a veces le hacía escribirle, guiándole su manita, era su madrastra “Mamá Leola”; pero ni siquiera ella se atrevió a ayudarlo económicamente cuando nos casamos, y la pasamos muy, pero muy negras.

No sé bien cómo le hicimos para que terminara su carrera de médico, pero después de tanto sacrificio lo logró.

Algún día escribiré todo lo que en esa temporada nos aconteció.

Ahora les voy a platicar de su casa en Cuernavaca, que más que casa, era un palacete, amueblado a todo lujo, y que acaparaba casi toda una manzana en la Avenida Juárez, a muy pocas cuadras del Palacio de Cortés.

Tenía los jardines más hermosos que yo halla visto en mi vida, con plantas exóticas de todo el mundo.

La propiedad tenía dos albercas, una con calefacción, y otra con agua fría.

El agua de Cuernavaca es extremadamente fría, y un dato curioso de Don Gonzalo, es que él siempre se bañó con agua fría toda su vida, sin importarle la temperatura ambiente.

Mi marido y yo lo visitamos varias veces con nuestros hijos, y nos dijo a todos que debíamos llamarlo “Papá-Tío”; era tan presumido y todo un Don Juan, que la sola idea de que le llamaran abuelito, como que se le atragantaba.

Una vez mi marido le preguntó si no tenía inconveniente de que fuéramos a visitarlo a su casa de Cuernavaca; desde luego dijo que no tenía ningún inconveniente, pero que le diéramos dos días para mandar a calentar el agua de la alberca.

Cuando llegamos allá ¡ah!, un remanso de paz y tranquilidad.

La servidumbre solo estaba para atendernos y servirnos los clásicos desayunos huastecos.

Yo me sentía en el paraíso.

¡Pero que diferencia la segunda vez que fuimos!

Resulta que había invitado al presidente Adolfo López Mateos a una comida campestre, con jugada de gallos en el palenque.

Nosotros arribamos la noche anterior al festejo.

¡Qué impresión al abrirse el portón!

Lo primero que oí fueron unos gritos de Don Gonzalo mentando madres a diestra y siniestra, intercaladas con muchas maldiciones.

La casa era como un pandemonio.

El problema era que no le había gustado cómo había dispuesto las mesas en el jardín la señora Leola, la cual en ese momento se encontraba escondida en el closet de una de las recamaras ¡con frijoles escurriendo en el pelo y la cara!

Don Gonzalo se los había lanzado unos minutos antes de que nosotros llegáramos.

Estaba con una hermana; y las dos estaban aterrorizadas.

Al día siguiente volvieron a poner las mesas como Mamá Leola quería, cuando se dio cuenta que así no le pegaría el sol a la hora de la comida.

Transcribo la nota que salió en sociales del periódico *Excélsior* que decía así:

*“Ofreció Gonzalo N. Santos una comida a López Mateos ayer en Cuernavaca, Morelos (A.P.I.) en su finca “El Alzan Tostado” de Cuernavaca. El ex gobernador de San Luis Potosí, Gonzalo N. Santos, su esposa y sus hijos, ofrecieron una comida campestre al Sr. Presidente de la República Lic. Adolfo López Mateos, quien llegó en compañía de su señora esposa y de su secretario privado Lic. Humberto Romero, siendo objeto de atenciones de la familia Santos. Posteriormente llegaron a este convivio que tuvo un carácter privado, los siguientes invitados de Gonzalo Santos: Lic. Gustavo Díaz Ordaz y señora; Lic. Antonio Ortiz Mena y señora.; Don Alfredo del Mazo y señora; Don Benjamín Méndez y señora; el embajador de México en Costa Rica, Leobardo Reynoso y señora; Roberto Barrios y esposa; General Carlos Real; Ing. Manuel Moreno Torres; Gral. Francisco Martínez Peralta; Director General de Transito del Distrito Federal; Senadores Pablo Aldrett y Agustín Olivo Monsiváis; Diputado Manuel Bernardo Aguirre; Hugo Beckman y otras muchas personas más”.*

Creo que es pertinente hacer la aclaración que la señora esposa del presidente López Mateos no asistió al convivio, por haberse lastimado una rodilla el día anterior. El presidente López Mateos llegó solo con su secretario particular, Humberto Romero, manejando un flamante automóvil *Masseratti*; y venía a una velocidad tan rápida que solo hizo 35 minutos de viaje desde la ciudad de México (antes de que hubiera supercarretera).

Don Gonzalo hizo este comentario después de la fiesta:

—¡Humberto venía con tanto miedo que hasta le bajo la regla!

Cuando López Mateos llegó a la finca, se inclinó reverenciándolo y le dijo:

—Mi tigre, mi tigre, que gusto de verlo.

A la hora de la opípara comida, sentó a López Mateos a su derecha y a Díaz Ordaz a su izquierda, y aunque faltaban como tres años para las próximas elecciones presidenciales, no cabe duda que mi suegro era un político innato, pues ya se las mascullaba que Díaz Ordaz sería el próximo presidente.

De política voy a escribir muy poco.

Me encontré un recorte publicado en el *Sol de Tampico*, escrito por Jorge Villegas, que en pocas palabras dice mucho.

Se titula: “Aquellos tiempos de Don Gonzalo”, escrito el 12 de noviembre de 1988, diez años después de su muerte:

*“A los que creen que el Congreso de la Unión está viviendo días broncos hay que remitirlos a las pintorescas memorias del cacique potosino Gonzalo N. Santos.*

*Voluminosas y fantasiosas, las memorias describen un Congreso explosivo con pistolas al aire, debates a maldiciones y encontronazos con muertos, suicidas y heridos.*

*Por supuesto, la crónica de Santos corresponde al México bárbaro y posrevolucionario. Pero vale la pena leer sus casi mil páginas para evaluar el proceso de maduración por el que ha pasado nuestra República en los últimos 50 años.*

*Gonzalo describe una República bananera en la que un cacique como él pone su voluntad a un Presidente de la República tan poderoso como Plutarco Elías Calles.*

*Si hemos de creerle, fue él solo, como líder del Congreso, quien hecho abajo el propósito callista de suceder al renunciante Ortiz Rubio, con un presidente sustituto que no era el General Abelardo L. Rodríguez.*

*El jefe máximo envió a la Gran Comisión una terna para elegir al nuevo presidente en la que los nombres estaban propuestos en forma tal que el Congreso tendría que elegir a Alberto J. Pani, a la sazón secretario de Hacienda.*

*Pero Gonzalo tenía el control férreo de los legisladores. Y como la terna no tenía carácter legal, a la Cámara fue propuesta exclusivamente la candidatura del General Abelardo L. Rodríguez.*

*Leer sus memorias es como pasar por el laberinto de los intereses encontrados, las corrupciones y el primitivismo de tiempos que hoy añoran los llamados dinosaurios de la política.*

*Gonzalo dejó sus memorias para ser publicadas póstumamente. Muchos de los protagonistas de ellas ya habían muerto, así que sus afirmaciones en muchos casos pueden validarse en forma alguna.*

*De ser ciertas todas sus afirmaciones, Santos fue el hombre más importante del país durante casi medio siglo. Él impuso por sus pistolas a presidentes, secretarios y senadores.*

*A mano limpia impuso a Ignacio N. Morones como gobernador de Nuevo León, para evitar que fuera enviado a gobernar San Luis Potosí en agravio de su cacicazgo.*

*Pocos presidentes escapaban a sus juicios prosaicos, incluyendo el General Cárdenas que lo mantuvo a fría distancia.*

*Olvídese de las novelas de García Márquez o de Asturias sobre dictadores sanguinarios y repúblicas folclóricas. Imagínese mejor al bronco de Gonzalo como embajador de México ante la Corte de Bélgica.*

*Hasta allá se hacía llevar carne seca y chorizo para las recepciones con la nobleza. Por allá se paseaba con un gigantesco auto Chrysler de siete asientos, el más grande que se vendía en la época.*

*Santos vivió para ver la sustitución de los revolucionarios por los abogados. Y todavía tuvo aciertos en 1976 para pronosticar antes el destape de José López Portillo:*

*“Este ca... puede ser el mejor hombre de México (como decía el periódico), o el que mejor toreó al presidente, pero no el mejor hombre de la Revolución.*

*Su bisabuelo fue comisario del imperio de Maximiliano; su abuelo cacique de Jalisco con Don Porfirio Díaz y después Ministro de Relaciones Exteriores con Victoriano Huerta, y su padre fue coronel Huertista. ¿En qué sobremesa familiar escucho hablar bien de la Revolución?”*

*Eran otros tiempos. Eran otros diputados. México sobrevivió a todos y a todos. Cómo sobrevivirá esta cámara de diputados gritones y manoseadores pero inermes e inofensivos.”*

Volviendo a Cuernavaca, Morelos, y a la fiesta.

Lo que más me impresionó cuando conocí al licenciado López Mateos fue su gran simpatía y su increíble sencillez.

Recuerdo que después de algunos brindis, nos dirigimos al palenque a jugar a los gallos. Hago la aclaración que me disgusta muchísimo un espectáculo tan cruel, pero mi suegro insistió en que lo acompañáramos.

Me sentaron a lado del presidente y lo primero que hizo fue ofrecerme un cigarro.

Se disculpó diciéndome que él solamente fumaba cigarros “Delicados” (Yo odiaba los cigarros “Delicados”), pero viniendo del Sr. Presidente le dije:

—¡Mire que casualidad, a mí me encantan esos cigarros!

Acto seguido, empezamos a apostar. Yo aposté a un gallo giro la gran cantidad de 100 pesos; acuérdense que esto ocurría en los años sesentas.

Que, si no, hubiera desfalcado mi presupuesto familiar.

Platicamos de mil cosas, y mi suegro se lució con sus chistes que nos hicieron reír mucho.

Yo sabía que estaban apostando cantidades fuertes, pero me hice de la “vista gorda”.

Pasamos un rato agradabilísimo.

Ya después sentados en la mesa, me pedía a cada rato “frijolitos”, que estaban deliciosos.

Teníamos instrucciones mi marido, su medio hermano Gastón, y yo de atender a los invitados personalmente.

Hoy en día tengo entendido que esa casa o Quinta, como ustedes quieran llamarla, la han convertido en un nuevo Sanborn's. Me platican que respetaron la construcción de la casa, y agregaron terrazas y mesas con sombrillas en aquel enorme y hermosísimo jardín.

Cuando mi marido y yo íbamos de visita en aquellos tiempos, mi suegro tenía dos jardineros de planta que cuidaban las flores exóticas traídas de todas partes del mundo.

Nunca regresé a ese lugar paradisíaco; me tengo miedo a mí misma, de como reaccionaría al entrar ahí.

La casa sigue llamándose “El Alazán Tostado”.

Los recuerdos me van a envolver, y quizá me hagan romper en llanto, o quizá me llenen de alegría recordando tiempos idos, cuando nosotros íbamos con nuestros hijos y gozábamos de aquella belleza.

Ahora les voy a platicar de cuándo el avión privado de Don Gonzalo se cayó; fue un verdadero milagro que no sé matara. Resulta que lo habían invitado a una jugada de gallos, con su respectiva barbacoa y gran fiesta, en Gutiérrez Zamora, Michoacán.

Como ya mencioné antes, él era un viajero incansable y con avión propio; era un “*Piper Comanche*” de dos motores y seis plazas, equipado con su clásico bar.

En aquel entonces ni quién se atreviera a pararlo.

Una mañana muy temprano salió de México rumbo a su destino en Michoacán. Cuatro horas después reportaron el avión perdido; no quedó otra que pedir ayuda para buscarlo y... ¡prezar! Como a mediodía mi marido se comunico con el Sr. Presidente de la

República, licenciado Adolfo López Mateos; este inmediatamente ordenó a la Fuerza Aérea Mexicana que salieran a buscar el avión.

Después de comunicarse con el Sr. Presidente, le habló a un íntimo amigo que tenía avión propio, y siguieron la supuesta ruta del avión “perdido”. Por más horas que volaron no encontraron ni rastro; el pánico se empezó a apoderar de nosotros.

Yo no dejaba de rezar con el rosario que me trajo el propio Don Gonzalo de España; por cierto, las cuentas de ese rosario de Santa Teresa son hechas con pétalos de rosas prensadas y jamás pierden su olor.

Parece ser que se les vino el mal tiempo y el piloto se desvió de su ruta.

Todo estaba nublado.

Al pasar por un claro entre las nubes, Don Gonzalo sacó su pistola y le dijo al piloto:

—¡Aterrizas cabrón o te mueres!

El piloto no sé a qué más le temía, si a Don Gonzalo, o a un aterrizaje forzoso en un terreno lleno de piedras. Optó por aterrizar y milagrosamente los dos salieron con vida e ilesos; el avión quedó prácticamente destrozado... ¡hecho garras!

Después del aterrizaje, mi suegro lo primero que hizo al salir del avión sin un solo rasguño, fue preguntar:

—¿Quién tiene una cámara fotográfica?

Habían caído en una ranchería y varias personas se acercaron a ver el accidente.

Como el bar del avión estaba intacto, le grito a su piloto:

—Sírvenme un *High ball*.

Pasaron muchas horas, y ya casi de noche llegó a Gutiérrez Zamora en un camión de rediles. Al bajar del camión con su vaso de *High ball* en la mano pregunto:

—¿Todavía llego a tiempo para las peleas de gallos?

Todos los que lo rodeaban se carcajearon.

Después de que se comunicó con nosotros por teléfono para decirnos que no le había pasado nada, nos puso una regañada marca diablo por haber hecho tanto escándalo y por haber molestado al Sr. Presidente.

Lo que es Don Gonzalo; no le tenía miedo ni al mismísimo diablo, o sea que tenía muchos “huevos” muy bien colocados.

Lo que me recuerda un comentario de Don Carlos Loret de Mola:

—*Si existe el infierno, pobrecito de Don Gonzalo; si no existe, que divertidota se dió en su vida.*

Creo que debo comentar algo sobre la bondad de mi suegro. Cuando nos contentamos y entramos al periodo azul de nuestra relación, nos visito por primera vez en Tampico.

Lo invitamos a comer.

Yo me esmeré cocinando; hasta le hice una pierna de venado con una receta que es invento mío y que quedó exquisita.



Cuando llegó a nuestra modestísima casa, yo creo que algo lo conmovió y como que le remordió la conciencia.

Después de que terminamos de comerme me dijo:

—Hija te quiero regalar una casa, y quiero que este a nombre tuyo; pero no vayan a construir una casa que parezca una caja de zapatos volteada, quiero algo grande y digno.

Yo le conteste:

—Lo siento Don Gonzalo, pero yo no puedo tener propiedades en la costa, puesto que soy norteamericana.

Él me contesto:

—¡Eso no representa ninguna dificultad para un hombre de carácter como yo!

—Te hacemos mexicana y asunto arreglado.

Y en seguida agregó:

—Pero quiero que esté a tu nombre.

Yo francamente titubeé y le pedí que me dejara pensarlo.

Lo que yo quería era consultarlo con mi padre, quién era ciento por ciento “gringo”.

A los pocos días hablé con él y le pedí su opinión y consejo.

Don Gonzalo jamás tuvo tratos con mi familia, a pesar de que hubo una época que fueron muy amigos, antes de nuestro matrimonio.

Mi padre me aconsejó lo siguiente:

—Mira, tu nunca has vivido en Estados Unidos; si hablas inglés es porque lo aprendiste en colegios americanos aquí y conmigo. Toma en cuenta que has vivido aquí la mayor parte de tu vida, que te casaste con un mexicano y que tus cuatro hijos nacieron aquí; así que por mí no hay inconveniente en que te nacionalices mexicana.

Volví a tener dudas, y debo confesarles que me sentí un poco traidora al país que me vio nacer.

Después de mucho pensarle llegué a la conclusión de que mi padre tenía razón.

Se lo comuniqué a mi suegro y me dijo que me fuera inmediatamente a México.

Llegué de huésped por primera vez a su casa, y me dieron un trato excepcional.

Me llevo a Relaciones Exteriores con todos mis papeles en orden; entramos a la oficina del Sr. Carlos Darío Ojeda, Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, íntimo amigo de él; aunque yo también lo conocía, pues fue muy amigo de mi familia.

Como dato curioso les digo que se tardaron cuatro días en hacerme mexicana, entregándome mi pasaporte y mi carta de naturalización mexicana...

¡Todo un récord!

¿No creen ustedes?

Inmediatamente me dio un cheque por una gran cantidad de dinero. En aquellos tiempos el dólar estaba a 8.65 pesos por dólar.

Bellos tiempos, sin problema de inflación, devaluación, etc., etc.

Pues hicimos la casa que resultó maravillosa, en un lugar soñado, con vistas a la laguna del Chairel, en el bello puerto de Tampico.

Todo esto —lo confieso— se lo agradecí toda la vida, y me pareció un acto muy generoso de su parte.

Recuerdo cuando nos odió con todas sus fuerzas y nos cerró todas las puertas para que mi marido no pudiera trabajar en ningún lado.

Cuando nos casamos en secreto, él estaba en tercer año de medicina.

Cuando terminó sus estudios, se fue hacer su servicio social a un pueblito en Nayarit, que se llamaba Pozo de Ibarra.

Nos tuvimos que separar en cuanto nació nuestro segundo hijo Gonzalo Francisco, pues se me presentó un parto muy difícil, y yo le ofrecí a San Francisco ponerle su nombre para que todo saliera bien.

A los ocho días de nacido del bebé, mi marido partió a Pozo de Ibarra y me trasladé a Tampico a vivir en la casita que me había rentado mi papá.

Ahí vivimos los siguientes catorce años.

En aquel entonces era gobernador de Nayarit Don Gilberto Flores Muñoz, íntimo amigo de Don Gonzalo, quien no se atrevió ayudar en nada a mi marido, pues ya sabía la consigna de mi suegro, de aquel que ayudara a su hijo se convertiría inmediatamente en su enemigo.

Vino la Navidad, y aunque a mi marido le había ido muy mal, juntó lo suficiente para el pasaje de autobús, de ida y vuelta. Llevaba como diez minutos de haber salido de Tepic por carretera, cuando una patrulla de la policía los alcanzó y paró el autobús.

Se subieron los agentes y preguntaron por el Dr. Gonzalo Santos Jr.

Cuando se identificó, le dijeron:

—Traemos órdenes del Sr. Gobernador para llevarlo a Tepic.

Esto no le gusto nada a mi marido, pero no tuvo más remedio que regresarse con la patrulla.

Ya en presencia de Don Gilberto, este le dijo:

—Mira Gonzalito, me acaba de hablar tu papá, y me dijo que de ninguna manera fueras a Tampico estas vacaciones, pues él pensaba ir a celebrar el fin de año allá, y que iba a asistir a los bailes del Casino Tampiqueño y del Country Club. Nosotros solo éramos socios del Country Club; era el año de 1949, y en aquel entonces costaba muy barata la membresía.

Mi marido le contesto:

—Mire Don Gilberto, yo pienso establecerme, trabajar y vivir en Tampico; si cedo ahorita, tendré que ceder cada año, así que me niego rotundamente a obedecerlo.

Don Gilberto, muy nervioso, le ofreció pagar los gastos de todos nosotros para que mi marido nos llevara a celebrar las fiestas decembrinas a donde él quisiera.

Prácticamente le rogó, y mi marido dijo que de ninguna manera cambiaría sus planes, y que por favor le dijera a su papá que él también era “Alazán”, así que llegó mi marido a Tampico y celebramos la cena de Navidad.

El 31 de diciembre fuimos al baile de fin de año al Country Club.

Como al filo de las 2:00 de la mañana llegó Don Gonzalo al Country Club con su esposa Leola, la cual se notaba muy nerviosa. Llegó con sus “guaruras”, pero mi marido y yo estábamos rodeados de nuestros amigos, prestos para defendernos de cualquier eventualidad. Aunque pasamos junto a ellos muchas veces, ni la mirada nos dirigieron.

Después de esa ocasión, Don Gonzalo jamás regreso al Country Club.

Cuando empecé este libro mencioné que, por las buenas, era un hombre muy tierno. A mi desgraciadamente me falló la salud casi toda mi vida.

En una ocasión fui sola a la ciudad de México para ver a un médico que me habían recomendado mucho, el famoso doctor Aurelio Pérez Steuffer. Después de examinarme y ver todas mis radiografías, el diagnóstico del doctor era operarme e implantarme huesos en las vértebras. Yo tenía desviada la columna vertebral a consecuencia de una terrible pleuresía que me dio, ni más ni menos, que en mi Luna de Miel.

Lo anterior será digno de otro capítulo en algún libro que llegue a escribir en el futuro, pero no nos salgamos del tema.

Después de ver al mencionado doctor, me dirigí a casa de Don Gonzalo. Me recibió en su recamara. Al decirle lo que el doctor me había sugerido, no pude más y rompí en llanto, pues el dolor era indescriptible y la operación francamente me aterrorizaba.

El salto inmediatamente de la cama y pidió a gritos:

—¡Traigan un equaníl!

Me sirvió un vaso de agua para que me tomará la medicina, y en seguida dijo:

—¡A Houston!

Al ver mi cara de asombro, aclaro inmediatamente:

—Tú no te preocupes, yo te mandare para que te vean los mejores neurocirujanos del mundo.

Y así lo cumplió; nos mandó a Houston, Texas, a mi marido y a mí, con todos los gastos pagados.

Yo estuve internada en el hospital metodista casi un mes en un cuarto privado.

Llevaba una carta dirigida al Doctor Michael Debakey, firmada por el entonces Ministro de Salubridad, Dr. José Álvarez Amézquita, recomendándome para que me atendieran lo mejor posible.

Después de que me hicieron toda clase de exámenes, y me tomaron radiografías y melografías, me dijeron que nunca dejara que me intervinieran la columna vertebral. No necesito decir las atenciones que tuvieron conmigo, y como gran final me recetaron aspirinas y grandes dosis de vitamina “C”, que disque porque tenía artritis traumática.

La cuestión es que a mí me regreso a México, los dolores siguieron con gran intensidad y acudimos a un amigo nuestro, el doctor Diego Alonso Hinojosa, de Monterrey, Nuevo León. Vino a verme a Tampico, y su recomendación fue que tenía que operarme, por lo que me traslade a Monterrey, y tontamente me dejé operar en el Hospital Muguerza. Por supuesto todos los gastos corrieron por cuenta de Don Gonzalo, que no escatimó ni un centavo en tratar de curarme; todo resultó inútil, el dolor siguió peor que nunca. A los ocho meses me traslade al Hospital de la Raza, en la Ciudad de México, donde mi marido arregló para que me dieran un cuarto privado.

Don Gonzalo, que no cabe duda de que tenía muchas influencias, ordenó que me pusieran teléfono. Y aparte de irme a visitar bastante seguido, me mandaba ramos de orquídeas bellísimas.

En este hospital duré internada dos meses.

Como tratamiento, un médico neurocirujano sugirió que me hibernaran. Esta experiencia fue algo horrible. Me convencieron cuando me dijeron que esto se lo hacía María Félix cada año en Suecia para quitarse las arrugas. Entonces me pareció una fantástica idea; me iban a dormir y me iban a quitar las arrugas.

Como ya había tomado muchos analgésicos durante varios años seguidos, cuando trataron de dormirme con un suero, no surtió el efecto esperado. Yo, totalmente *groggy*, pero aún despierta, al sentir que me empezaban a cubrir el cuerpo con bolsas de hielo, quise “rajarme”, como vulgarmente se dice, y le dije a las enfermeras:

—Siempre no quiero esto...

—Yo vengo de Tampico, en donde hace calorcito, y no aguanto el frío.

Yo temblaba de frío, y los dientes me castañeteaban.

Y las enfermeras me contestaron:

—¡Pues lo sentimos mucho, pero son órdenes médicas!

Era sábado y los doctores descansaban.

Acto seguido, les empecé aventar a la cara las bolsas de hielo, y con esto lo único que conseguí fue que me amarraran.

—¡Vayan a ponerle hielo a su chingada madre! —les dije.

Al rato lo único que gritaba era:

—¡Pero que pendeja es María Félix en someterse a esta salvajada!

Hago la aclaración que yo estaba semidormida, pero sentía el tremendo frío.

Hasta el tercer día me dormí completamente, y me tuvieron dormida seis días; los mismos que no dormí cuando desperté.

Por supuesto no se me quitó ninguna arruga.

Esa experiencia me traumó un tiempo, pues fue algo horrible.

Decía el doctor que me atendía que era increíble que con el suero que me habían puesto yo no me hubiera dormido rápido, pues me habían administrado el suero suficiente para dormir a tres toros Miura.

Lo qué pasó es que yo estaba luchando por mi vida, pues sentía que me moría.

Mi marido desgraciadamente no estaba conmigo, pues se encontraba en Tampico muy ocupado organizando el nuevo Hospital del Seguro Social, del cual había sido nombrado director general. Si hubiera estado conmigo, jamás me hubiera dejado sufrir tanto, pues desde que tuve la pleuresía, con un derrame pleural tremendo, veló por mí y me cuidó por siempre desde que regresamos de nuestra Luna de Miel, que por cierto pasamos en la Habana, Cuba.

Nunca tuve palabras suficientes para agradecerérselo.

Aparte de la operación de la columna, tuve una úlcera gástrica causada por el estrés, que también ameritó otra operación. Y por si fuera poco, tuve dos malas caídas en donde me rompí el cuello del fémur; primero de una pierna, y luego de la otra.

Mi marido me choteaba diciéndome:

—¡Pero mi hijita, ya pareces perra *jabalinera* de tanta cicatriz!

El que haya vivido en la huasteca, entenderá perfectamente este dicho y la comparación.

Sigamos con otra cosa.

Un día hubo una gran Feria Ganadera Nacional en la Ciudad de México, en la cual mi suegro expuso sus mejores ejemplares.

Aparte mandó construir un restaurante redondo, tipo bohío con mesas y sillas, y nos pidió atender personalmente a sus invitados, todos amigos y políticos de alto nivel.

A las mujeres de la familia nos dijo que fuéramos vestidas como *cowgirls*. Yo tenía toda la ropa necesaria, menos el sombrero texano, por lo que inmediatamente me regaló un *Stetson Onehundred* a mi medida. Entre comillas, *Onehundred* quería decir en aquel tiempo que el sombrero costaba cien dólares; hoy valen el doble.

Servimos exquisitos T-bones y Sirloins al carbón, acompañados con frijoles charros, guacamole, quesadillas, y otras cosas exquisitas que ya no recuerdo. Tuvo tanto éxito que la comida se acabó y no alcanzó para nosotros, que ya nos moríamos de hambre; entonces mi suegro invitó a toda la familia al restaurant Delmonico's, en la Zona Rosa. Nos trasladamos en su flamante Cadillac convertible blanco con asientos rojos, y todos vestidos con atuendos de vaquero. Cuando entramos al restaurante todo el mundo volteó a vernos, pues parecía que había llegado un circo.

Yo quería que me tragara la tierra de vergüenza, pero ni modo, la verdad es que todos la pasamos muy contentos.

En aquel entonces mi suegro era dueño del hermosísimo Hotel Tanínul, situado cerca de Tamuín, en el estado de San Luis Potosí. Tenía una espléndida alberca de aguas termales, famosa por sus poderes curativos.

Una anécdota muy chistosa, es que un día caminando por uno de los enormes pasillos exteriores que rodean el Hotel, se le ocurrió a mi suegro mandar traer de urgencia al gerente.

Vio a un empleado encerando los pisos con una máquina.

Se dirigió a él y le dijo:

—¡Corre como de rayo y tráeme al gerente!

El muchacho corrió, pero otro tomo su lugar inmediatamente, y siguió encerando.

Pasaron unos minutos, voltea mi suegro y le dice:

—¿No te dije que corrieras cabrón?

Este segundo empleado se arrancó a correr.

Ya lejos se encontró a un amigo, y este le pregunto:

—¿A dónde vas corriendo tan rápido?

—Yo no sé, pero a mi Don Gonzalo me dijo... ¡córrele cabrón! ¡y yo corrí!

Cómo ya se habrán dado cuenta, el carácter de mi suegro era dominante y reacio; sin embargo, tenía momentos muy tiernos y humanos. Yo de casualidad me enteré de que un niño hijo de un trabajador de su rancho había perdido su piernita; y año con año, Don Gonzalo le mandaba a hacer una prótesis nueva conforme el muchachito iba creciendo.

Todos los trabajadores de Don Gonzalo lo idolatraban, y siempre le sirvieron con fidelidad y agradecimiento.

Confieso que era difícil acercarse a él, pero cuando quería a una persona la halagaba de mil maneras, con atenciones y regalos.

Pero cosa rara, con el tiempo cambiaba y como que perdía el interés.

Entre los recuerdos que tengo de su ternura, está la vez que nos acompañó a la Basílica de Guadalupe a darle gracias a la Virgen, por haber logrado el milagro de que nos contentáramos toda la familia.

Nos había invitado a comer al conocido restaurante Loredos'.

Era la primera vez que conocía a sus nietos.

Al terminar la comida, nos subimos a su Cadillac convertible, su esposa Leola, mis cuatro hijos, mi marido y yo.

Fue un momento inolvidable.

¿Se pueden imaginar a todo un Gonzalo N. Santos hincado de rodillas en el altar?

¿Habrá rezado?

¿Habrá pedido perdón?

¿Se habrá arrepentido de todo lo malo que dicen hizo en la vida?

¿Qué fue lo que estaba pensando en ese momento?

Lo que sí sé es que el rostro lo tenía impávido, no movía ni un solo músculo.

Al salir de la Basílica se veía muy risueño, y obviamente quería quedar bien con todos nosotros, sobre todo con los niños a quienes acababa de conocer, después de catorce años de distanciamiento.

Así que decidió llevarnos a pasear a Chapultepec. Nos bajamos a visitar la casa de los espejos, que se encontraba casi a la entrada. Con los niños se paraba enfrente de los

espejos deformes, los cuales nos reflejaban en caricaturas. No cabe duda de que a mi suegro le fascinaban las bromas y daba gusto oírlo reír a carcajadas.

Y esa no fue la única vez que yo me enteré de que Don Gonzalo creía en la Virgen de Guadalupe.

En otra ocasión, en que su esposa Leola estaba enferma de muerte, junto con su secretaria y chofer se trasladó a la Villa de Guadalupe, y con lágrimas en los ojos pidió por ella.

Esto resulta difícil de creer si se conoce la historia de México en la época de los Cristeros, donde le achacaron a mi suegro la muerte de muchos curas.

Se dice que cometió actos infames a diestra y siniestra.

Yo no estoy aquí para criticarlo y mucho menos para juzgarlo, solo sé que era obregonista y callista de hueso colorado.

Se quejaba amargamente de que su apellido fuera Santos, de lo cual no tenía un pelo de santo.

Muchas de las muertes que le imputaron no fueron ciertas, como la de German de Campo en 1929. Él lo negó rotundamente toda su vida; y además denunció a los autores del crimen: el flaco Hernández Chazano (secretario de Ortiz Rubio) y Teodoro Villegas, diputado de Veracruz (el autor material del crimen).

Y también le achacaron cosas tremendas en las elecciones de Ávila Camacho y Miguel Alemán.

Viéndolo bien, fue una persona con un historial siniestro, y de que tenía muy bien puestos los pantalones... ¡los tenía!

La gente más bien le tenía miedo.

Me pregunto yo:

—¿Qué hubiera sido de la vida de Don Gonzalo si no matan a Obregón?

—¿A qué alturas de la política hubiera llegado?

Él era casi el brazo derecho de Don Álvaro Obregón.

Nos platicaba que en una ocasión en que iban los dos paseando en automóvil por el Bosque de Chapultepec, paseó muy de moda en aquellos años, le dijo muy serio Obregón a mi suegro:

—Mira Gonzalo, tú tienes trece letras en tu nombre, igual que yo. Te aconsejo que te agregues una letra más, porque es de muy mala suerte si no lo haces. Yo ya no lo puedo hacer porque ya soy presidente electo, y es muy tarde para cambiar. Pero dos amigos míos, que tenían también trece letras, ya están muertos. Así que cuídate.

Y Don Gonzalo se cuidó y le agregó la “N” a su nombre, que no significa en realidad absolutamente ¡nada! La gente siempre me preguntaba que les dijera qué quería decir la “N”. Inventaban que era por Nicanor, Nepomuceno, Nisandro, Nabucodonosor, Napoleón, etc., etc.

Como dato corolario quiero mencionar que él vivió hasta los 83 años.

Murió rodeado de su familia, en su casa, atendido por los mejores médicos y pacíficamente.

Le encantaba chotearse con los médicos; cuando le preguntaban que cómo se sentía, invariablemente contestaba:

—¡Jodido, pero contento!

Las veces que algún médico le permitía tomarse un *High-ball* siempre vociferaba.

—Este sí es un buen médico.

—¡Toda una eminencia!

Tanto el IMSS como el ISSSTE le proporcionaron toda clase de atenciones, así como también enfermeras de día y de noche; le enviaron una cama de hospital a su casa, así como también oxígeno, medicamentos, etc., hasta que falleció.

Una muerte muy piadosa para alguien que dicen fue tan malo. Sé, me consta, que lo que le causó el ataque al corazón que lo derrumbó fueron esos famosos cheques de viajero que se llevaba de viaje sin firmarlos, como ya mencioné. En su último viaje a Europa se los robaron íntegros. Y no fue precisamente por alguien de allá sino... ¡por una bella y joven mexicana! de Monterrey, que lo “acompañaba” en ese viaje, digamos, ¡y de repente se desapareció con el dinero! Cuando se dio cuenta del desfalco, tal fue el coraje y la rabia de Don Gonzalo que le causó ese ataque al corazón y lo tuvieron que regresar a México de emergencia. Supe que, con ese dinero, que nunca le fue reclamado por la familia por mantener la discreción y evitarle un escándalo a Doña Leola, la regiomontana se hizo de una flamante casa nueva. Él decía que, para mantener su vitalidad, comía catán, un pez lagarto del río Pánuco. Y sí, a sus 83 años todavía andaba en sus correrías de coscolino. Pero lo que no tomó en cuenta fue que no debió de confiarse tanto de sus “acompañantes”, ¡especialmente las mexicanas!

Don Gonzalo murió el 17 de octubre de 1978 en la Ciudad de México. La noticia cundió en las primeras páginas de todos los periódicos nacionales. Lo enterraron en su adorado Tamuín, a donde asistió mi marido. Yo estaba enferma y no pude ir. Hasta la fecha, cada 10 de enero, la fecha de su onomástico, le rinden homenaje ante su austera tumba. Su esposa Leola, que falleció poco después, está enterrada a su lado, bajo una pequeña lápida de mármol blanca decorada con motivos católicos. La de él es imponente, de cemento gris, sin otro símbolo que las gruesas cadenas de hierro que la rodean, y su lema, ya mencionado, “El Alazán Tostado, Primero Muerto Que Cansado”.

Cierro este relato de mi suegro y yo con este recuerdo. Cuando murió mi esposo en 1992 en Tampico, y lo fuimos a enterrar en una fosa donde reposa su madre, y algún día ya no muy lejano los acompañaré yo también, le pedí a mi hijo Gonzalo Francisco que dijera unas palabras de elogio a su padre a nombre mío, ya que me sentía muy débil y triste. Y sin que él supiera de aquel episodio en el que su padre desafió a su abuelo al ir a pasar la navidad a Tampico con su familia, cuando él, mi hijo era un recién nacido en 1949, dijo:



## Mi suegro y yo

*Mi padre tuvo muchas virtudes. Siempre fue un padre responsable y un marido devoto. Siempre cuidó a mi madre y nos dio a todos sus hijos educación. Siempre fue un hombre derecho, un ejemplo de honradez, nunca fue trinquetero ni gandalla con nadie, nos inculcó que la palabra de honor era lo más valioso que teníamos. Pero por encima de todas sus virtudes hubo una suprema, que lo caracterizó toda su vida: la lealtad. La lealtad a su padre y a su hermano, que fue incondicional a pesar de que no siempre fue correspondida.*

*Y aquí estoy yo ahora honrando a mi padre con la verdad, con mi gratitud, mi amor, y mi respeto,*  
**PORQUE YO TAMBIÉN SOY ALAZÁN.**

Esas últimas palabras eran exactamente las mismas palabras que había dicho mi marido cuatro décadas antes, exigiendo su derecho de estar al lado de su hijo recién nacido.

Don Gonzalo podrá haberle heredado todo a Gastón, su otro hijo; el que dicho sea de paso se retiró del entierro de mi marido sin despedirse, después de oír estas palabras honrando al hermano que nunca supo corresponderle su lealtad.

Pero a mí, aparte del cariño que algunas veces me brindó y los magníficos regalos que me hizo en vida, al darme el marido que me dio y los hijos que procreamos, está claro, me dio lo mejor de todo. Me dio el futuro de la familia Santos, que hoy lo veo en mi hijo catedrático, en mi hija enfermera, en mi otro hijo músico, y en mis adorados nietos. ¡Todos ellos también son alazanes!



**GENERAL**

**GONZALO N. SANTOS**

*"EL CHISTE, SEÑOR  
PRESIDENTE, ES LAZAR EN EL  
AGUA Y NO MOJAR LA REATA"*

Gonzalo N. Santos  
*Memorias*, Ed. Grijalvo, 1984, p. 455